



CRISTO DEL AMOR

Si yo fuera poeta, que no lo soy, y bien que lo siento, me atrevería a preguntarte, otra vez, “¿qué tengo yo que mi amistad procuras?”, tomando el espléndido endecasílabo como propio, para hacerme así comprender con mayor precisión. Porque no acabo de entender, Señor, cómo sigues tenaz, incansable, paciente, aguardando que te muestre –te mostremos todos– el más leve gesto, no

ya de corresponder a tu pretensión, sino ni siquiera de encontrarme o, mejor, encontrarnos sorprendidos por tanto interés y amor, sin especial mérito por nuestra parte. De verdad que no alcanzo con mi torpe mente razones para Tu comportamiento. Yo, como todos los hombres (pocos son la excepción ejemplar) voy a lo mío, corriendo tras mis intereses, deseos y ambiciones, las más veces ocultos por inconfesables, sin que importen los medios para conseguirlos, ni el daño, atropellos, injusticias y abusos cometidos, ni los efectos “colaterales”, como se dice ahora, que puedan causar a otros; sólo importa el triunfo personal, la satisfacción ególatra, la envidia suscitada, demostrativa del éxito conseguido y del fracaso o dolor ajenos. La equidad, la justicia de dar a cada uno lo suyo, reconocer los méritos y valores positivos de otros, es algo desterrado de nuestra sociedad, de la vida cotidiana; cada día vendemos el patrimonio personal de potenciales virtudes, que no hemos querido ni intentado desarrollar, por el bíblico plato de lentejas del triunfo pasajero, de una riqueza podrida, de una hegemonía o superioridad opresora... Sembramos cizaña, rencores, odios y en vez de unir, disgregamos inventando ideas que actúan como fuerzas centrífugas para separarnos y alejarnos, al tiempo que incitan al enfrentamiento violento y, con excesiva frecuencia, homicida.

Y Tú, Señor, sigues con constancia infinita procurando una amistad menospreciada por nuestra alma sucia, y nos miras con tristeza compasiva en la que se trasluce el afecto, y llamas con suave y firme insistencia a la cerrada puerta de nuestro corazón, y sin cansancio, sea cual fuere el tiempo y su duración, sereno, lleno de Amor inagotable, junto a nosotros, “pasas las noches del invierno oscuras” en las que hemos transformado nuestras vidas, a la espera de una respuesta que no acabamos de dar.



Foto: Rafa Burgos

Miguel Molina Rabasco

